

*Sr. Lic. D. Alfonso Reyes*

EN HONOR DE LOS MUERTOS

POR

JOAQUIN D. CASASUS,

DIRECTOR DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA,

PRESIDENTE

DEL LICEO ALTAMIRANO

Y

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

SEGUNDA PARTE.



MÉXICO

IMPRENTA I. ESCALANTE, S. A.  
r. calle de 57, núm. 8.

1913

IV-X-49

405

2

F1405

C3

v. 2



1020085180

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.

239

708  
C.  
91 64.

# EN HONOR DE LOS MUERTOS

POR

JOAQUIN D. CASASUS,

DIRECTOR DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA,

PRESIDENTE

DEL LICRO ALTAMIRANO

Y

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

SEGUNDA PARTE.



MÉXICO

IMPRENTA I. ESCALANTE, S. A.

1.ª calle de 57, núm. 8.

1913

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.

31497

IV-1-19

V-2

F 1405

C3

V.2



TIRADA DE ESTA EDICIÓN:

100 ejemplares, numerados, en Papel del Japón.

200 " " en Papel de Hilo.

Ejemplar Número 58

BIBLIOTECA CENTRAL  
MEXICO

### DISCURSO

PRONUNCIADO EN MEMORIA DEL SEÑOR

LICENCIADO DON FÉLIX ROMERO,

EN LA VEHLADA QUE EN SU HONOR

CELEBRÓ LA

SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFÍA

Y ESTADÍSTICA,

EL DÍA 3 DE OCTUBRE DE 1912.

f-382



**E**RA natural que la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística honrara en una sesión solemne la memoria del hombre eminente que durante casi un cuarto de siglo se consagró con todo empeño a regir sus destinos, a presidir sus deliberaciones, a asegurar su progreso y a lograr su prosperidad, y que con tal objeto identificara su vida con la suya, cual hijo amantísimo que en el seno de la familia y en la augusta y serena tranquilidad del hogar, renunció a los encantos y goces de la vida y por ende sacrificó su juventud por servir de báculo y de apoyo a la matrona que, aunque enferma y débil, es el centro a cuyo alrededor se agrupa la familia y el ara que simboliza la unión de la familia en el hogar.

El prócer ilustre cuyo nombre enaltecemos hoy, fué, en efecto, el experto piloto a quien se debe que, salvando escollos y sorteando dificultades, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística haya podido, con gran satisfacción para nuestro orgullo nacional, seguir viviendo una vida activa y fecunda y llamando la atención de propios y extraños entre todas las sociedades científicas del mundo.

Todos sabemos con cuán noble desinterés, con qué incansable paciencia, con cuánta inagotable constancia y con qué suma habilidad, tras de obtener con el consentimiento de todos, año tras año, la renovación de la grande e ilimitada confianza que siempre se tuvo en él, pudo encausar de un modo fructífero la útil labor de este centro científico, quizá el más importante de nuestro país.

No hay un progreso suyo al cual no esté vinculado su nombre; no hay una sola obra llevada a cabo en donde no se encuentre la huella de su mano; no hay un triunfo, conquistado por ella, en el cual no se reconozca su impulso, en el cual no hubiera tomado participación y en el cual no hallemos muestras de su actividad siempre despierta, de su voluntad siempre enérgica, de su dedicación siempre asidua y de su inteligencia siempre preparada para dar sólido cimiento a todo lo

que contribuía a su más grande prestigio, a su mejor lustre y a su mayor renombre.

¿Qué homenaje más justo, qué recompensa más merecida pudiera rendirle la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística que congregarse hoy para pagarle tamaña deuda de gratitud?

Ovidio, el poeta latino, la víctima de las mayores y más profundas ingratitudes humanas, lleno de un inmenso desconuelo para todas las cosas de la vida, y tal vez con una amarga ironía, pudo decir: «Famaque post cineres maior venit,» como si la muerte tan solo viniera a ser causa del acrecentamiento de la fama que tienen derecho a alcanzar los hombres que logran por sus virtudes cívicas, por su labor provechosa, por sus proezas grandes y por sus merecimientos justos, vivir en la memoria de los pósteros con vida perdurable después de la muerte.

La existencia del señor Romero conforta nuestros espíritus y confirma la fe que tenemos en la justicia de este mundo; porque es de aquellos hombres cuyo prestigio no nació al contacto del beso helado de la muerte, pues supo la gloria recompensarle todos sus esfuerzos mientras alentaba entre nosotros y mientras compartió nuestras faenas y dirigió nuestros trabajos, dejando sobre su frente de pensador aquel su beso fecundo que acaricia como un ala y esplende como una aureola.

y que es el premio a que tienen derecho los que saben levantar su nombre con la incansable labor de su vida.

La necesidad que tienen los hombres en los países nuevos de prestarse a todo género de tareas y de desenvolver sus distintas aptitudes para llenar funciones de diversa índole, hizo que el señor Romero, lo mismo ocupara la cátedra que la tribuna, y tomara parte por igual en el periodismo que en la política, en la magistratura que en las asambleas populares, y que en ellos fuera a la par un escritor galano que un orador fecundo y un soldado de combate en los parlamentos, que un predicador erudito en las academias y que ora se encargase de administrar la justicia en los tribunales, ora de preparar las leyes en los gobiernos, sin desdeñar por eso de pulsar la lira y de prorrumper en inspirados cantos, ni dejar de consagrarse a trabajos serios y pacientes, de esos que requieren el estudio prolongado, la lectura copiosa, la erudición abundante y el saber profundo.

Don Félix Romero fué por eso, a la vez, un docto maestro, un político hábil, un periodista activo, un poeta tierno, un sabio modesto, un legislador juicioso y un magistrado honrado.

La juventud, que es la maga encantadora que riega de flores el camino de la vida y que puebla, como de abejas un colmenar, de ilusiones el alma

y que hace nacer cual polluelos bulliciosos las esperanzas en el corazón, casi siempre cuando pone el amor en el pecho de los hombres, sabe también poner la lira en sus manos y por eso el señor Romero fué poeta en su juventud.

No son, sin embargo, sus versos los que lo hicieron célebre y le dieron renombre; tal vez no le conquistaron ni figurar siquiera en las antologías de nuestros poetas; pero los rumores dulces de sus canciones de amor, viven todavía con eco blando en nuestros oídos y pueden con delectación ser repetidos por todos los labios y conservados en todas las memorias, porque son por todo extremo fáciles, porque muchos de ellos son muy inspirados y porque todos tienen la dulce miel de los mejores años de su juventud.

El periodismo, empero, se ganó sus preferencias; y como siempre militó en las filas del Partido Liberal cual entusiasta propagandista y cual apóstol lleno de fe, supo ser un polemista batallador e incansable, que lo mismo defendió los nobles ideales de la República en las luchas intestinas, que las instituciones democráticas en el combate de los partidos y que la independencia nacional en las guerras extranjeras.

Halló siempre en su carácter firme, en su voluntad enérgica, en su constancia inquebrantable, en la ductilidad de su inteligencia, en la riqueza



de su fantasía, en el vigor de sus convicciones, en la rectitud de sus miras, en sus impulsos generosos y en su espíritu de luchador, todo cuanto ha menester el periodista en nuestros días para llenar a maravilla la misión augusta que le toca cumplir en esa hoja ligera de lectura fácil, de predicación constante y de enseñanza provechosa, que vuela con todas las alas, que vibra con todas las pasiones, que se agita con todos los anhelos y que se reproduce en todos los instantes para esparcir todos los principios, para difundir todos los credos, para ennoblecer todas las causas, para sembrar todas las simientes, para defender todas las libertades, para destruir todos los errores y para levantar y popularizar todos los ideales.

En las contiendas políticas de su Estado natal, durante la época de la invasión americana, en las luchas contra la administración de Santa Anna, en los tiempos gloriosos de la Reforma, en las guerras sangrientas de la Intervención y del Imperio y en los momentos de la restauración de la República, el periodista sostuvo con su pluma el programa del Partido Liberal avanzado, radical y jacobino, y al comulgar con sus máximas y al propugnar sus doctrinas, supo ser siempre un patriota esforzado, un liberal sin tacha y un soldado de vanguardia en los instantes críticos y en los puestos de peligro.

Las luchas políticas hicieron del señor Romero uno de nuestros constituyentes de 1857, porque adiestrado en las polémicas periodísticas de la capital de la República, y caldeado su carácter al contacto de los grandes próceres del Partido Liberal, y nutrido con sus teorías y estimulado con su ejemplo, se fué a Oaxaca con el benemérito Juárez y presentó al pueblo su candidatura para el Congreso Constituyente.

Su participación en aquella asamblea forma, sin alguna duda, una de las páginas de su vida quizá la más gloriosa y la más digna de recordación, por parte de los contemporáneos y de sus pósteros, de sus enemigos y de sus admiradores.

Es profundamente consolador, en países como el nuestro, ver con cuán religioso respeto, con cuánta inmensa gratitud y con qué justo entusiasmo, comienza nuestra generación a traer a la memoria los nombres de los que en medio de los azares de nuestras guerras civiles y de las conmociones de nuestra política interior y de las traiciones y de las asechanzas de los que habían sido jefes esforzados de nuestros ejércitos y mandatarios de nuestro pueblo, nos dieron la Carta Magna, resumen de las más hermosas promesas, compendio de los principios más avanzados y decálogo de los derechos que garantizan las futuras libertades a que aspiran los pueblos que se empeñan en orga-

nizar gobiernos que puedan llegar a ser capaces de asegurar el imperio de las instituciones democráticas.

Los que con su vida compran la independencia de un pueblo, los que con su sangre aseguran sus libertades, los que con su esfuerzo llegan a ser creadores de sus instituciones, y los que amasan con gloriosa levadura su porvenir y su historia, deben ser para nosotros objeto de veneración y culto; porque aun cuando al obrar así, ora cumplan fatales destinos, ora acaten exigencias imperiosas del momento histórico en que viven, ora sean héroes de un deber no siempre bien interpretado, ora obedezcan a mandatos forzosos del pueblo, que sobre sus hombros los levanta a las alturas del renombre y de la gloria, no por eso dejan de ser dignos de pública estimación, no por eso dejan de ser acreedores al reconocimiento de las naciones. El deber cumplido en bien de la Patria, es la única sólida base de la grandeza de los hombres.

No de otra suerte supo la Grecia premiar a aquellos sus héroes legendarios de los Termópilas, que encontraron la muerte en defensa de su independencia, cuando tuvo lugar la invasión de los Persas.

Ellos murieron a causa de una ineludible necesidad, fueron víctimas de un deber altamente

comprendido y con incomparable fidelidad cumplido, tal vez pensaron aun en la inutilidad del sacrificio que hacían, irreparable como el honor limpio y fatal como el destino ciego; pero precisamente aquel pueblo que levantó sobre altísimo pedestal la urna de bronce de su historia para que fuera admirada por todas las edades, quiso de preferencia honrar a aquellos mártires, vivo y palpitante ejemplo del deber, por haber sabido morir por él.

Cuando la Asamblea Anfictiónica acordó celebrar aquel memorable hecho de armas, después de mandar poner inscripciones para todos los que habían tomado parte en él y de ordenar se levantara un monumento con un león de mármol en honor de Leónidas, adornado con una inscripción, obra del gran poeta Simónides, pensó que debía colocarse otra exclusivamente en recuerdo de los espartanos y entonces mandó escribir estas sencillas y conmovedoras palabras, que fueron el mejor elogio: «EXTRANJERO, DECID A LOS LA-CEDEMONIOS QUE AQUÍ YACEMOS POR HABER OBEDECIDO SUS ÓRDENES.»

Los constituyentes de 1857, ilusos como lo fueron todos los políticos jacobinos, saturados de ideal como lo son siempre los redentores de los pueblos, ansiando por libertades utópicas de realización imposible como lo han hecho siempre los mártires de la democracia, tuvieron la fortuna,

obra quizá de un deliberado propósito, de dar al Partido Liberal, que era entonces el más fiel representante de la patria mexicana, más que una constitución un lábaro, más que una carta política una bandera, más que una ley un programa: lábaro, bandera y programa, que a través de la Intervención y del Imperio y en medio de todas nuestras vicisitudes, ha sido un ancla de salvación y habrá de ser el alma de nuestro pueblo y el elemento más poderoso de cohesión para la supervivencia de nuestra nacionalidad, que está llamada a ser el baluarte incommovible de la independencia de nuestra raza.

El señor Romero, cuando apenas había traspasado los umbrales de la adolescencia, formó parte de aquella Asamblea y su labor en ella no quedó como la de muchos, ignorada; no fué como la de otros, escasa de merecimiento; no reveló como la de un gran número, poca fe en los principios liberales; porque agrupado entre los que después habrían de ser los paladines de la Reforma, su palabra apasionada y juvenil vibró siempre en la tribuna, ya defendiendo la libertad de imprenta, ya sosteniendo la conveniencia de la desamortización de los bienes eclesiásticos, ya dando su voto en favor de la libertad de cultos, base y cimiento de la libertad de pensar y de todas las demás libertades políticas de toda democracia.

Cuando en el recogimiento del hogar y en las horas íntimas que consagramos a la familia, hablamos en silencio de nuestros héroes y enseñamos a nuestros hijos a celebrar sus hazañas, no solo no debemos olvidar a los que ofrecieron con su esfuerzo crear las instituciones que nos rigen, sino que al acercarnos reverentes al ara de nuestros dioses penates, estamos obligados a evitar que se retire de sus hombros el manto de gloria que los envuelve y bajo el cual han entrado en los anales de nuestra historia.

Al guarecernos bajo el follaje del árbol que nos da sombra y nos presta abrigo, antes que echarlo abajo con hacha destructora cuando nos apartamos de su tronco, debemos pensar siempre, llenos de gratitud, no sólo en la sombra de que pudimos disfrutar, sino en la mano providente y generosa que supo depositar en la tierra la semilla fecunda de donde hubiera de nacer.

Pero ninguna labor del señor Romero nos da una idea más completa de su personalidad como hombre público, que la que supo llevar a cabo por larguísimo número de años, como Magistrado en el más alto de nuestros Tribunales: en la Suprema Corte de Justicia de la Nación, la cual presidió innumerables veces, dándole el prestigio de su experiencia y el lustre de su saber.

En los países agitados, como el nuestro, por

frecuentes convulsiones políticas, pasan siempre inadvertidos los trabajos de dos obreros modestísimos, pero que son las dos poderosas columnas sobre las cuales descansan el porvenir y el bienestar de nuestra sociedad: el maestro de escuela y el magistrado.

El maestro de escuela, encargado de inculcar-nos las enseñanzas necesarias para hacernos aptos en la lucha por la existencia, tiene por misión el preparar el alma nacional, la que habrá de hacernos vivir con vida propia en la historia de la raza y la cual sólo puede formarse y hacerse digna de nuestros destinos cuando hayamos quedado nutridos con las aspiraciones las más nobles, con las ambiciones las más legítimas, con los ideales los más altos, aspiraciones, ambiciones e ideales que han de tener la patria por mira, su libertad e independencia por objeto y su grandeza por remate.

Y el magistrado que en la incruenta lucha de los intereses y en el choque de las pasiones y en el amago contra nuestras libertades y en la conculcación de nuestros derechos sabe hacer que nuestras propiedades se respeten, que nuestras vidas queden incólumes, que nuestros hogares no sean violados, que nuestras libertades no sean menoscabadas y que nuestra existencia sea debidamente dignificada, es el firme sostén de la vida

social, de la vida civil y de la vida política de todos los pueblos.

El señor Romero supo realizar el tipo acabado de los árbitros dispensadores de la Justicia. Sus conocimientos jurídicos, su larguísima práctica profesional, su elevado criterio, la rectitud de su juicio, la honradez de sus propósitos y la equidad de sus decisiones lo hicieron no apartarse de la verdadera línea de conducta que traza la norma para administrar justicia: dar a cada uno lo que es suyo.

Cuenta Plutarco, hablando de la imparcialidad que fué siempre la base de las decisiones de Aristides, que cuando fué Arconte, en Atenas, habiéndole pedido el poeta Simónides, de Seos, que cometiera una injusticia en su favor, hubo de responderle: «No seríais tan buen poeta como lo soís, si faltarais a las reglas de la poesía; y yo no podría ser un buen magistrado si acordase alguna gracia contraria a la ley.»

Tal anécdota bien podría aplicarse al señor Romero al celebrar su rectitud, en él proverbial; porque en su vida de magistrado supo ser justo y porque jamás se apartó de las leyes que estaba obligado a aplicar, ni de los dictados de su conciencia que estaba en la necesidad de seguir.

Señores: La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística ha experimentado una pérdida casi

irreparable con la muerte del señor Romero; y si por un natural egoísmo tenemos el deber de deplorarla, como un acto de justicia debemos también congratularnos, de que la vida larga que pudo alcanzar le hubiera permitido hacer su vida más útil en provecho de ella y hacer también, para ella, su muerte mucho más sentida.

El señor Romero alcanzó, en efecto, una vida prolongada y por eso nos fué dado ver, que durante casi cinco lustros, consagrara a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, todas sus energías y todas sus aptitudes; pero debemos decir en honor suyo, que su vida no fué tan larga por los años que vivió, sino por la útil labor que durante ella supo llevar a cabo. En nuestros anales, el señor Romero vivirá siempre y ya que no podremos anualmente renovar le nuestros votos para que continúe presidiendo nuestras deliberaciones, sí habremos de saber renovar le el testimonio de nuestro cariño, de nuestra gratitud y de nuestra admiración.



## DISCURSO

PRONUNCIADO EN MEMORIA DEL SEÑOR  
**LICENCIADO DON JUSTO SIERRA,**

EN LA  
SESIÓN SOLEMNE QUE EN SU HONOR CELEBRÓ  
LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA,

CORRESPONDIENTE  
DE LA REAL ESPAÑOLA,

EL DÍA 7 DE NOVIEMBRE DE 1912,  
EN EL ANFITEATRO  
DE LA ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA.



A Academia Mexicana de la Lengua; a quien la Real Academia Española ha confiado la hermosa tarea de velar porque no se rompa el hilo de oro que une entre sí a las nacionalidades americanas y a todas ellas con la madre patria, siente el imprescindible deber de venir a deplorar la pérdida irreparable que han sufrido, con la muerte de escritor tan insigne como Justo Sierra, todos los pueblos que guardan con ahincado afán el tesoro común de nuestra lengua, como la rica herencia de nuestros mayores.

¡Y cómo no! ¿No la muerte hiriólo cuando estaba en pie, en plena labor, cuando su voz llena de dulces vibraciones y su verbo, creador de sublimes verdades, y su fantasía, poblada de visio-

nes apocalípticas, se apercebían de consuno a celebrar en el centenario de las Cortes de Cádiz, la alborada de la libertad americana, que dió luz propia a ese reguero de estrellas que al desprenderse de la celestial corona, que durante tres siglos ciñera a su frente nuestra Madre España tornó a unirse de nuevo a ella, para formar una sola constelación, e iluminar al mundo como antorchas encendidas en un girón azul de un mismo cielo?

La muerte de Justo Sierra no es tan sólo un duelo nacional; es antes el duelo de la raza a quien él supo honrar y glorificar, lo mismo cuando cantó en su lira de bronce con las sonoridades que toma el viento si menean las selvas seculares de la virgen América, que cuando habló de los ensueños democráticos que abrigamos todos, a la sombra de nuestras banderas, ya ondeen sobre el baluarte que forman las cumbres de los Andes, ya se enarbolean sobre las blancas nieves de las cimas de nuestros volcanes; o cuando apóstol de la religión del porvenir, copiando al Divino Maestro, dijo con las palabras suyas: «dejad que los niños se acerquen a mí,» para elaborar con ellos, el alma nacional fortalecida con los atavismos de la raza y educada en la fe consciente de sus grandes destinos.

La Academia Mexicana de la Lengua no ha hecho mal en escogerme a mí, aunque no por mere-

cimiento propio, para confiarme el encomio de este varón ilustre; porque pocas veces encargo semejante ha podido conferirse a aquel que con más júbilo hubiera de querer desempeñarlo; pues nada me tiene más ganada la voluntad, ni tras de mejor cosa vánse mis deseos, ni hay algo que responda mejor a los sentimientos míos, acordes con mis propios anhelos, que aprovechar esta coyuntura favorable para decir lo que he sentido y lo que he pensado respecto de este hombre extraordinario a quien desde los primeros años de mi vida hube de acostumbrarme a aplaudir y en quien siempre puse afecto sin tasa, admiración sin límites y veneración sin medida; afecto que sabía granjearse fácilmente por medio de su atracción irresistible, admiración que imponía su inteligencia genial a causa de sus portentos y en razón de sus prodigios, y veneración que era como la ofrenda única que merecía la inmensa bondad de su gran corazón.

Desde las aulas, en los días de mi juventud, el grupo todo de sus admiradores, del cual hice yo siempre parte, al verlo ascender a nuestro parnaso para en él presidir el coro de nuestros poetas y hacer de su pluma buril cincelador en nuestra prensa periódica, hubo de considerarlo como un timbre de orgullo para la familia y para la patria, y al loar sus triunfos y al difundir el eco de sus

victorias, quiso hacer de ellos una leyenda que viviera en la memoria de nuestros pósteros, y de él un héroe legendario que pudiera alentar en la imaginación popular; porque este poeta que, joven todavía, al grato son de su lira ya levantaba un templo majestuoso al arte, recordaba a aquel héroe de los tiempos heroicos de la Grecia, a aquel Anfión, hijo de Júpiter, que al son de la lira de oro, que el divino Apolo pusiera en sus manos, hacía de modo que las piedras se elevaran por sí solas para construir la altísima muralla de Tebas.

Los que tuvimos la suerte de vivir identificados con él, y por ende seguimos paso a paso y con interés su vida desde que hizo su primera aparición en el mundo de las letras, no podemos olvidar cómo fué en sus comienzos una hermosísima esperanza; cómo se le tuvo después cual el más seguro presagio de una gloria cierta; cómo en la edad madura se le tomó por un prodigio de inteligencia; y cómo, a la postre y cuando cumplió todas las esperanzas en él cifradas y realizó todos los presagios que hizo augurar, se reveló ante el país como el alma verdadera de toda una generación a la cual infundió su espíritu para que viviera de sus enseñanzas, a la cual dió su sed de justicia para que siguiera el rumbo que le marcara y en la que puso su fe en el ideal para que escalara el porvenir bajo el impulso de sus anhelos.

Por donde se ve que este hombre, maestro y guía de la juventud, con su fama, con su prestigio y con su renombre, llena nuestra época actual; y que sin romper el equilibrio de nuestra vida intelectual, la iluminó con luz viva mientras estaba entre nosotros y con ella se llevó al morir el secreto de su genio, a guisa de esos cometas, que, sin violar la ley de la gravitación universal, brillan a intervalos en nuestros cielos estrellados, cual meteoros vivos de caminar lento y van a ocultar, en el fondo del infinito espacio, el secreto de su destino.

En nuestro parnaso túvosele por el primero y más inspirado de nuestros poetas líricos, y en las academias por el pensador de más altos vuelos; en la cátedra se le conceptuó como el maestro por excelencia, lleno de todo linaje de erudicción, ennoblecida por un ideal patriótico; en el periódico ganó fama de escritor galano y fácil, y logró hacer de su cargo un apostolado y un credo de sus predicaciones; en el libro fué el historiador sereno, capaz de fijar las leyes infalibles que gobiernan el progreso de los pueblos; en el parlamento reputósele como un combatiente generoso, adorador romántico de todas las libertades públicas y de todos los ensueños democráticos; y en la vida de esta patria nuestra, objeto de su más fervoroso culto, e imán de sus



más íntimos amores, apareció a manera de aquella columna de fuego que señalaba el paso al pueblo de Israel en su penoso viaje a través del desierto, cuando marchaba por él en busca de la tierra prometida.

Poco después del triunfo que alcanzó el Partido Liberal, en su larga y terrible lucha contra la Intervención y el Imperio, cuando apenas acababa de ponerse término al combate diario de los ejércitos militantes, verificóse un movimiento poderosísimo en nuestra vida intelectual, que llegó a constituir una era de positivo renacimiento para las letras nacionales. El reorganizarse nuestros mejores institutos, el establecerse bajo nuevas bases las mejores de nuestras escuelas, el crearse por doquier centros literarios de importancia, el surgir a la vida periódicos y revistas que eran como los porta-estandartes de nuestra cultura, y el verificarse reuniones que fueron palenques de las luchas pacíficas de la inteligencia como aquellas que en la Roma de Augusto celebrábanse en las casas de Mecenas, de Mesala y de Polión, por venir después de guerras y asolamientos, de matanzas y desórdenes, fueron señales de que tras prolongada noche llegaba un nuevo día apareciendo con toda su hermosura un nuevo sol.

Y como si la restauración de la República, en el campo neutral de las letras, fuese a manera de

lazo de unión entre todos nuestros pensadores, entre todos nuestros poetas y entre todos aquellos que hacían de su pluma el arado fecundante de toda labor literaria, y que habían estado en nuestras seculares guerras civiles divididos y alejados los unos de los otros por la diversidad de credos políticos y religiosos, se agruparon en un esfuerzo común para rendir culto a la gaya ciencia y para llevar sus primicias al altar de la diosa Poesía, como si en sus dones abundantes y ricos hubiéramos de encontrar la razón, causa y motivo de nuestras instituciones restauradas, y de los mejores y más sazonados frutos de nuestra independencia reconquistada.

¡Hermoso renacimiento aquel! En la colmena todo era afán, bullicio y trabajo; y todas las abejas en su incesante revolar llevaban alguna gota de miel a los panales; en el bosque tropical todo lleno de nidos, y en los nidos todos llenos de pájaros, se escuchaba el aletear de las alondras prestas a saludar la aurora; y el espíritu nacional, seguro de su propia conciencia, empapado en la atmósfera de los nuevos derechos, transfigurado por los sacrificios sufridos, abrigaba bajo sus alas a la patria redimida y le ofrecía la oliva simbólica a los nuevos reflejos del inmenso arco iris de paz, que abrazaba la bóveda del cielo.

En aquel florecimiento de las letras, un Abril

de los trópicos, si propicio para el reventar de los botones, ocasionado al crecer en belleza, gracia y perfume de las flores ya abiertas que Flora había prendido con mano diligente en todos los tallos, Ramírez, que parecía un poeta del siglo de oro de la literatura española, era el saber profundo y la ironía acerada; Altamirano, que se asemejaba a los poetas románticos franceses, era el entusiasmo inteligente y la crítica alentadora; Riva Palacio, que tenía el alma de Rabelais, era la erudición enciclopédica y la burla aristofanesca; Prieto, un verdadero poeta de los tiempos heroicos, era el cantor popular y el inspirado evocador de nuestros recuerdos gloriosos; Pimentel, sabio egregio en quien se hermanaban la nobleza de la cuna y la del talento, era la crítica sagaz unida al estudio infatigable de la retórica y la lingüística; Roa Bárcena, descendiente literario de los Carpios y los Pesados era el cultivador del romance nacional y el historiador severo, y Montes de Oca, el docto traductor de los Bucólicos griegos, era el poeta adorador de la forma clásica y el orador sagrado por excelencia; y reuniéndolos a todos y agrupándolos a todos y siendo el centro y la clave, Martínez de la Torre, que era el rico sostenedor del arte que ofrecía el templo para los dioses, el altar para el culto, el perfume para los incensarios, hogar y abrigo que todas las religiones han menes-

ter y más que otra alguna aquella que enseñan, predicán y pregonan los apóstoles y sacerdotes de Apolo que, de suyo humildes y desamparados casi siempre, llevan empero el tesoro de todas las armonías en la lira y la luz de los soles en su inspiración.

En aquellos días de regocijo nacional y en aquellos instantes favorables, como pocos, para el triunfo fácil, para la gloria pronta y para la fama rápida, hizo Justo Sierra su primera aparición en el mundo literario. Traía en su verso luminoso y alado las hondas palpitaciones del patriotismo exaltado, y con ellas el lirismo de nuestras teorías democráticas, la fe ciega que es una prenda segura para el triunfo de todas las causas, el entusiasmo, que es el resorte potente para todas las conquistas, y, al mismo tiempo, aquel ardor juvenil que es a la par luz, calor y fuerza y que se necesita para emprender la reconstrucción moral e intelectual de un pueblo.

Él era un escapado del colegio; acababa de abandonar las aulas para vivir la vida propia, mariposa que vuela en el campo en busca de nectarios, llevando todavía en sus alas el polvo de oro de sus primeros ensueños, y ya pudo ofrecernos los frutos sazonados que sólo rinden los grandes ingenios, como los árboles viejos enraizados en tierras fértiles, que en el otoño opulento, tras el

caer de las hojas, doblegan sus ramas cargadas con el peso de las maduras pomas.

Justo Sierra fué a la sazón el héroe de aquellas lides, el vencedor en aquellos torneos, el poeta favorito de las veladas literarias, y lo vimos pasar de hazaña en hazaña y de ovación en ovación, con el arpa al hombro, cantando al Amor en odas ana-creónticas, loando a la Naturaleza en bucólicas virgilianas, enalteciendo las glorias de la Patria en himnos dignos de Tirteo o en resonantes odas pindáricas, y ensalzando como nuevo Lucrecio al Dios de las almas, eterna fuerza reveladora del mundo, la cual su espíritu buscaba ya en el templo augusto de la conciencia humana, o fuera de nuestro errante planeta, en lo profundo de los cielos estrellados, en las soledades infinitas del espacio, en los abismos insondables de la noche eterna donde sólo se oye el rodar incesante de todos los astros y donde él se yergue y flota en toda su majestad y en todo su apogeo para dejar caer sobre los seres humanos, como una bendición, aquella voz suya que sólo una vez pudo escucharse, entre rayos y truenos en el monte Sinaí.

Sus cantos patrióticos alcanzaron como premio en aquellos días un eco simpático en el corazón de la juventud; que si eran vibrantes y apasionados como los pechos juveniles, que ansiaban por la libertad, eran también ricos en metáforas como

los ensueños de la fantasía; y si brotaban de las cuerdas de su lira, como las águilas de alas poderosas que abandonan su nido de roca, con el ansia infinita de cruzar el inmenso espacio, cada una de ellas en sus sendas estrofas llevaba o una rama de laurel para alguno de nuestros héroes o el lábaro triunfal para la patria redimida.

Sus odas eran una música; sus ideas grandiosas eran golpes de ala de su genio soberano; sus metáforas deslumbraban cual meteoros que iluminan las noches oscuras; su inspiración robusta era una vía láctea, núcleo de pensamientos y de soles. No tenía ningún antecesor en nuestra lírica; era el único cantor digno de las epopeyas de la Reforma y de la Intervención, y si se asemejaba a Byron por sus fantásticas visiones, a Manuel José Quintana por el vigor de su musa y a Víctor Hugo por la plasticidad de su numen, en él brillaba el genio, aquel genio que él mismo cantara y de quien él mismo dijo:

«Ni limite, ni espacio, ni horizonte:  
La curva de su vuelo  
Queda a trechos, o rota o invisible  
En enormes fragmentos por el cielo.  
Su sino es ir e iluminar. No tiene  
El firmamento mismo  
De sus alas la rígida medida.  
Y como él, para crear la vida,  
Dios le entregó las llaves del abismo.»

Sin duda lo más admirable entre sus poesías fueron sus odas a Dios, al Genio, al 5 de Mayo, al 15 de Septiembre, a la Reforma, a Colón y otras muchas que fueron hechas en el mismo molde cíclopeo; pero fuera mengua no celebrar sus versos eróticos, que aunque impregnados, como todos los de su género, de una dulzura tierna y de una gracia conmovedora, que fué lo que los trajo a debida perfección, se distinguían de las obras de idéntica naturaleza de todos nuestros demás poetas, por el relieve de sus imágenes y por la profundidad de sus conceptos; y es que sus canciones de amor no eran producto de una musa muelle, no eran el gemido lánguido de un alma triste, ni la queja melancólica que mueve a piedad a los corazones heridos por el dolor, sino el canto viril de aquel en quien el amor es una alta e imprescindible necesidad del espíritu, una inspiración más bien que una sensación, una idealidad antes que una voluptuosidad, un afán de volar y de ascender y no un ansia enfermiza de gozar y de morir.

Sus poesías eróticas no se parecen, en efecto, a las Meditaciones de Lamartine, el poeta de la ternura y del dolor; ni a las Noches de Alfredo de Musset, el poeta de la voluptuosidad, cantor apasionado del amor sensual; pero si pueden tenerse, sin subir de precio el encarecimiento, por hijas legítimas de las Contemplaciones de Víctor Hugo,

quien más que otro poeta alguno fué su mentor y su modelo por la elevación de su estro, por la exuberancia de su rima, por lo novedoso de su fondo y por el vuelo de su inspiración.

En la edad madura, su labor poética fué quizá menos copiosa que en su juventud; pero en cambio en las obras que entonces produjo andan en mejor concierto la inspiración vigorosa con una forma esmerada y por ende más correcta, hasta donde le era dado a él sujetarse al dogma gramatical y retórico.

El condor no por escalar una mayor altura perdió una sola pluma de sus alas poderosas.

Una epístola dirigida al Marón mexicano, Ilustrísimo Obispo de Veracruz, Don Joaquín Arcadio Pagaza, un fragmento de un canto inacabado y un poema «El Beato Calasanz,» son de lo mejor que su ingenio pudo producir y deben tenerse como lo más bello y lo más perfecto que el poeta logró dejarnos por herencia.

La epístola, a no ser por el asunto en ella tratado, se diría escrita en el siglo XVII, tan bien hechos así son sus tercetos, tan castigada así es la forma, tan inspirada así muéstrase su musa.

¿Quién de los escritores del siglo XVII pudo haber desatado la lengua para hablar de este pavoroso problema de nuestro siglo que en su afán de hallar la verdad, de ponderarla y de medirla

con el rígido criterio de la ciencia, ha acabado por destruir en los altares todos los ídolos, en las conciencias todos los mitos, en el corazón todas las esperanzas y en el cielo todos los dioses, dejándonos como recompensa, en este árido desierto de la vida donde no se escucha el cantar de fuente alguna donde ir a apagar nuestra sed de lo infinito, como sola fuerza moral, como mero apoyo y como único sostén, la idea del deber para aceptarlo sin recompensa, y para cumplirlo sin esperanza?

El fragmento del poema vale sin duda el poema que no llegó a escribir y que la muerte se llevó con él a la tumba como el viento que al arrancar los nidos se lleva a los pájaros que en ellos todavía no habían llegado a abrir el pico para solazarse en cantar, ni habían sacudido las alas para adiestrarse en volar.

Justo Sierra tuvo especialísima complacencia a emplearse en elevar su voz en loor de todo lo grande, de todo lo inmenso y por eso de preferencia su fantasía ganaba el espacio infinito como si allí encontrara la sola atmósfera donde pudiera respirar, el único calor con que dar abrigo a sus nostalgias, el sitio preferido donde plantar su tienda y la única almohada donde reclinar su cabeza.

Por esta razón el fragmento de su poema es un

viaje sideral hecho en ese bajel-fantasma donde navegan, como él dice, los incontables naufragos de la ambición de gloria. En este bajel, tripulado por todos los amores, con sus velas abiertas al soplo de todas las ilusiones va de sol en sol y de constelación en constelación para poder buscar en qué cielo todos los grandes poetas de todas las edades llegaron a prender sus antorchas en el Dios, Todo y Uno.

Invoca a su divino maestro, a Víctor Hugo, para que venga a ungirlo con el óleo de su fe en la justicia y al amanecer de aquella noche que presagiaba no tener aurora, vuelve al planeta para ver brillar la cifra augusta de la patria en la blancura astral de las nieves de nuestro hermoso Citlaltepétl.

El Beato Calasanz es, no obstante, su trabajo de gran aliento, aquel que celebraron al unísono sus amigos, que aplaudió con ambas manos el público, que estudió con gran acopio de doctrinas la crítica y que flotará sobre toda su obra poética como el alma del Beato flotó, sobre la historia de su propia vida, en los momentos del trance terrible de la muerte.

¿Qué es el Beato Calasanz se preguntaba un crítico? Es la lucha de la ciencia moderna contra la fe antigua, lucha épica por llegar a la evidencia y por conquistar la certidumbre, respondía.

Otro crítico pensaba: es la duda de nuestro siglo descreído, infinito erial donde ni siquiera, como la blanca flor del cactus, mece su caliz la flor de la esperanza.

Pero ni uno ni otro crítico comprendieron el poema; porque no llegaron a penetrar en el alma del poeta, que fué a manera de aquellos templos medioevales bajo cuyos bóvedas los fieles torturaban la carne y el espíritu por medio del cilicio y de la penitencia, sin reparar en que, a semejanza de sus afligranadas torres altísimas, se escapaban las almas hacia los cielos en busca de los esplendores del amor; torres y almas que no por ascender tan alto dejan de hundir, para afianzarse en ella, sus raíces poderosas en la tierra.

El Beato Calasanz, ave del mar de lo infinito, fué estrellado por las tempestades de la vida contra las gradas del altar de su convento y allí unió e identificó su espíritu con el Señor sin haber abrigado una sola duda, sin haber tenido un solo desfallecimiento, hasta llegar a confundirse con él, como al sol se une la partícula de arena, por medio de esa cadena vital que a los átomos junta con los mundos.

Sólo el amor pudo apartarlo de aquella senda y de aquel claustro y evitarle cerrar los años de su vida en paz.

En una tarde tranquila y serena, al escuchar

la confesión de la fundadora del convento cercano, el amor dejó su chispa en sus sendos corazones, y el incendio estalla, fuego que devora la selva virgen de antaño tostada por el sol, y sus almas se funden delirantes, cuando el huerto está en flor, cuando los nidos cuelgan y se balancean en las ramas, cuando los pájaros cantan al ritmo de las fuentes que ríen, y en un arranque milagroso, como el del germen que brota y el de la luz que salta, a un tiempo mismo, sobre el dintel de un mundo paradisiaco, los dos experimentan:

«Fruición de cielo y sensación de abismo.»

Triunfó empero en la lucha el amor a Dios; en la batalla con el pecado venció la virtud; en el choque de las dos voluptuosidades la victoria fué para la castidad, y en el templo sombrío quedó sacrificada la humana naturaleza con todos sus instintos y a pesar de sus leyes ineludibles, en aras de un ideal místico y de una fe religiosa, que eran las dos únicas alas con que el asceta podía emprender el vuelo para ir a sumergirse en el ubérrimo seno del Señor.

El monje ha leído en un *infolio* que un fraile dejara en el convento, que el hombre que al morir jamás hubiese cedido a las tentaciones de la carne y nunca hubiese dudado del Señor, podía llegar a oír, prolongando a este efecto su vida por

unos instantes, la voz de Dios, aquella voz que hizo temblar al mundo cuando expiró en el Calvario. Él había revelado este secreto a un físico de su convento y éste al encontrarlo rígido, tendido en las baldosas de su celda, lo hace volver a la vida vertiendo unas gotas de licor maravilloso en sus labios.

El Beato Calasanz, tornado a la vida por aquella rara virtud del elixir, encamina al templo sus pasos vacilantes y a él va para implorar que el milagro se realice y lograr que vibre sonora en sus oídos aquella voz temida de los mortales que palpita en la infinita soledad de los incommensurables espacios y que, como al soplo del huracán ruedan las hojas en los campos y se sacuden los árboles gigantes en las selvas, hace girar los mundos en el vacío y estremecerse los soles en sus cimientos incommovibles.

Pero el Beato lanza en vano vehemente súplica al Dios del Sinaí. Dios es sordo a sus clamores, no tiene respuesta a su impotente grito y ni Satán, el alma misma del mal, a acudir se atreve a su conjuro. El cielo y el infierno permanecen mudos, impasibles y ni siquiera le devuelven el eco callado de su voz.

Entonces llama en su salvación a aquella santa a quien amó y de quien supo huir por no romper los votos que lo unían al altar y sólo ella con ma-

yor misericordia vuelve a él para confesarle que no hay cielo sin el amor, y que la muerte eterna sin el amor no es sino apenas una vida miserable.

El Beato Calasanz sintiendo que la vida le falta torna a invocar al proscrito y cuando éste se niega a escuchar su plegaria también, cae muerto diciendo en un dulce arrobamiento místico: «yo creo en tí, Dios mío.»

El Beato Calasanz es la víctima de la violación consciente de las leyes naturales; cierra su alma al amor cuando el amor viene a él en su momento y sazón, como les es naturaleza a los ríos el ir al mar, y el amor debe huir de él como castigo, cuando en pie en los umbrales de la muerte habría menester de él como la única tabla salvadora para poder flotar en ese mar sin fondo del no ser, en ese insondable abismo que sólo habita la noche eterna y donde las almas movidas por un ansia creciente de perdurar sienten la necesidad de vivir en la muerte, condenadas a huir como Paolo y Francesca, prendidos por un beso inacabable y sin fin.

El Beato Calasanz en el instante fatal, pero hombre todavía, encuentra el altar vacío, la conciencia sin fe, el cielo sin dioses, el infierno sin Satanás y la vida sin amor por no haber sabido amar, por haber truncado su existencia en flor y haber hecho imposible que la savia en su soberana ascensión hubiera llenado las ramas de renuevos y

de frutos los tallos, bajo el benéfico influjo del amor.

Así concebido el poema, el poema es humano y por lo humano es grandioso y por grandioso la obra selecta del hijo predilecto de las sagradas Piérides.

No quisiera hacer comparaciones, de nuestros poetas con él; pero no parando mientes en la diversidad de sus tendencias, en la diferencia de géneros cultivados por ellos, en el distinto colorido de sus pinceles y en la variada perspectiva de sus cuadros, sería forzoso confesar que aquellos arroyuelos o a veces ríos, frescos y bulliciosos, que han corrido por márgenes floridas teniendo la fortuna rara de reflejar a trechos el cielo azul, no son como aquella cascada de raudal inagotable que cae y cae sin cesar durante siglos, soltando sin agotarse nunca, el inmenso caudal de sus aguas prodigiosas.

Pero si Justo Sierra fué el más inspirado de nuestros poetas líricos, alcanzó, y tal vez a causa de sus hermosos lirismos de poeta, el ser tenido por el más elocuente de nuestros oradores.

No fué propiamente un tribuno; su palabra no se inclinaba al suelo rastrando por él, antes majestuosa se encumbraba de modo tal, que fuera quedaba del alcance de las multitudes. No fué tampoco un orador parlamentario, para la réplica pron-

to, para el ataque hábil y para la defensa listo, y que a la vez fuese sobrio en el fustigar, fácil en el acometer, sereno en el resistir y frío en el exponer, cualidades todas que debe reunir quien en las luchas políticas necesita a las veces sacudir sus iras como las serpientes de la cabeza de Medusa o conservar en otras la tranquilidad imperturbable de aquel que espera, cual punta aguda y alta de un pararrayo, atraer sobre sí todas las tempestades para abrugarlas en su seno.

Justo Sierra fué el orador académico, el orador de la cátedra que se transfigura en maestro y enseña, que se convierte en mentor y guía, que se erige en pontífice y deja caer en las almas el inagotable don de su ciencia, y que se transforma en sembrador y lanza a puñados la simiente sobre los surcos abiertos abrasados por el ansia de germinar.

En este género de oratoria no ha sido entre nosotros ni excedido ni igualado; porque nadie ha podido resistir ser puesto en parangón con él ni en la fuerza del pensar, ni en la forma del decir, ni en la profundidad del concepto, ni en la riqueza de las imágenes, ni en el vigor del numen, ni en la facilidad del estilo. Y como siempre en sus discursos usara en sus palabras de gracia sin afectación y de compostura sin alíño y en las ideas de elegancia sin afeites y de donaire sin amaneramiento y en todos ellos pusiera tal luz para iluminar su



fondo y tal sombra para darles relieve y tal fuego para vencer errores y tal pasión para defender verdades, se diría sin encarecimiento que más que obras del humano ingenio brotaron de labios de los que fueron tocados por la Divina gracia y que a la Divina gracia debieron tanto la miel que pusieron en su dicción, cuanto la sabiduría con que nutrieron su pensamiento.

Sus discursos tienen la hermosura de una estatua helénica labrada en mármol de Paros; sus cláusulas sonoras, toda belleza y armonía, recuerdan el ritmo de los rotundos períodos de las grandes arengas de los oradores griegos; la pompa lujosa de su palabra fácil, vestida y esmaltada con la aureola de su pensamiento, evoca en nuestra mente la frase amplia y galana de los discursos ciceronianos donde el habla latina hacía vibrar en los oídos los rumores melodiosos con que cantaron durante siglos las ondinas del Tíber.

El orador con quien más semejanza tiene entre los de los tiempos modernos, es con Castelar; no el Castelar que combatió la esclavitud, no el demócrata que pidió todas las libertades para su pueblo en el Parlamento Español, sino aquel que algunos años antes, en el Ateneo de Madrid contó la historia de los cinco primeros siglos del cristianismo, enseñando al mundo cómo aquel Divino Maestro, repartiendo su alma entre sus dis-

cípulos, pero dejándola toda entera a cada uno de ellos, supo predicar la Buena Nueva en el mundo latino, encendiendo una nueva aurora en las conciencias, a cuyo resplandor vino a obscurecerse el Olimpo, Júpiter dejó caer de sus manos el rayo vengador, Neptuno hundió el tridente en el profundo mar, Vulcano apagó sus fraguas bajo las bóvedas del Etna y de los cielos y de la tierra huyó aquella cohorte risueña de los dioses y semidioses que eran la alegría del espíritu y la antorcha de la naturaleza.

Por obras maestras de la elocuencia mexicana se tienen aquella oración pronunciada en el Centenario del descubrimiento de América que conserva todo el corte de un poema en el cual se dice la vida de Colón y su prodigiosa aventura, como si la lira con sus acordes acompañase rítmica la voz del orador; aquel discurso en honor de Vasco de Gama, el marino audaz que según su propia frase vió temblar al mar en su presencia y que al realizar los loables ensueños de Colón, no puso su fe y su brújula en la estrella que ilumina los umbrales del polo; sino que se abrazó a la Cruz del Sur, como el cristiano al madero sagrado, para esperar en ella el cumplimiento de los milagros de sus esperanzas; y aquella arenga que más bien parece una doliente elegía inspirada por cariño fraternal ante la tumba abierta del tribuno Caste-

lar en la cual parecía volver a ver, lleno de vida y de pasión, a aquel orador célebre que al calor de su elocuencia hizo triunfar en el seno de la monarquía de Carlos V y de Felipe II todas las reivindicaciones del derecho moderno.

Por haber sabido ser un poeta y un orador fué también Justo Sierra un historiador. Identificó a la Patria con él, la sintió transmutada en su alma y dejó que ella sola contara su historia, y que sola tallase con cincel mágico la urna artística de bronce, digna y merecedora de que en ella se guardaran los anales de sus fastos gloriosos.

Por eso ha resultado obra de arte hermosísima cuanto acerca de la historia de la Patria escribió.

Es obra de arte la síntesis que en «México y su Evolución Social» refiere las leyendas de las razas aborígenes y su civilización pasmosa, que supo medir con mayor precisión que otra alguna su curso a la Tierra; y las hazañas romancescas de la Conquista en que aquellos aventureros españoles se trocaron en hijos heroicos que ensancharon los patrios dominios hasta suprimir en ellos la noche; y aquella epopeya de la Independencia en que los descendientes de los que lucharon siete siglos para librar a su patria de la conquista árabe, supieron también formar una patria del suelo que les había dado cuna; y la época sangrienta de la Reforma en la cual el pueblo llevó a feliz término

una revolución en las conciencias para dejar a la libertad como única diosa en todos los altares.

Y es obra de arte también «Juárez y su Tiempo», porque no es sino el pedestal sobre el que se ve erguida la estatua del gran reformador y del tenaz defensor de la independencia nacional. Su obra es la Iliada de aquel Aquiles y como cuadros palpitantes de colorido y de verdad, ante nuestros ojos desfilan los triunfos y las derrotas y tras de ellos la victoria final y definitiva, que sorprendió a la Patria devolviéndole su suelo libre del invasor, sus instituciones llenas del nuevo espíritu de libertad y su conciencia penetrada del alto ideal de sus destinos.

Justo Sierra no podía encarnar al historiador que se encargara de contar la vida de nuestro pueblo; no estaba llamado a recopilar los documentos fragmentarios con los cuales hubiera de reconstruirse la verdad histórica; tenía que ser, como lo fué, el vidente extraordinario que levantándose sobre nuestros horizontes para poder abarcar con su mirada todo el espacio y todos los tiempos, trazara la ley de nuestra evolución en la forma y manera en que la gota de agua transparente y pura puede copiar el cielo con toda su inmensidad y guardar en ella, a pesar de su pequeñez, el reflejo de todos sus esplendores.

Si el poeta ha dejado un nombre sin ejemplo

en nuestro parnaso, si el orador ha quedado definitivamente ungido por una fama imperecedera que los años al transcurrir no podrán borrar, si el historiador es digno de la gratitud de todo un pueblo, el maestro, el educador, el que redujo a reglas habilmente formuladas las bases de la instrucción popular, es acreedor al apoteosis y a la manifestación, toda amor y ternura de que fué objeto su cadáver cuando fué recibido en el caliente seno de la Patria.

No podemos olvidarlo: los niños, aquellos en cuyos ojos vemos irradiar el problema del porvenir, aquellos ante quienes nos sentimos empequeñecidos por la grandeza de sus terribles interrogaciones, vinieron a él en procesión solemne, en lúgubre y tristísima teoría, y alfombraron de flores su camino y cubrieron de flores su cadáver, como si la primavera hubiese resucitado en pleno otoño y hubiera ella bajado de nuestras montañas, trayendo en sus canastos todas las flores de nuestros valles, todas las flores de nuestros jardines.

¿Por qué tal manifestación de duelo?

La vida de Justo Sierra nos da la explicación.

La instrucción popular vincula en nuestro país una necesidad suprema. Si en todos los pueblos y en todas las razas el ansia que nos espolea es llegar a la constitución de la democracia por medio de la libertad, es indispensable que para ser libre

antes conozca el hombre sus derechos y para poder tener conciencia de ellos, precisa que la educación complete la obra del Supremo Hacedor, a fin de que entonces sí pueda decirse de él, que está hecho a su imagen y semejanza.

Para satisfacer esta necesidad, para dar solución a este problema, para colmar entre nosotros este abismo que no hemos podido salvar en todo un siglo de inauditos esfuerzos, nadie ha contribuido tan poderosamente como Justo Sierra.

Nutrido en las enseñanzas de los educadores franceses, que a una reconocieron que el autor de las desgracias de la Francia era no el ejército, sino el maestro de escuela alemán, y que la patria sólo podría ser reconstruida confiándole al maestro tan importante misión, quiso, como ellos, imponer como obligatoria la enseñanza, mudar en laica la escuela, transformar al maestro en sacerdote, hacer de la instrucción una religión y al organizarla con sus evangelios por norma, con su iglesia por cimiento y con sus apóstoles por guías, fortalecerla y unificarla sin apartar de ella, y antes en ella dejando, radiantes como soles, la patria en los corazones y Dios en las conciencias.

Justo Sierra con la vela e industria suya llenó este programa poniendo en él todo el esfuerzo de su inteligencia y todo el calor de su corazón; y a él como mentor en los estudios hechos, al preparar

las leyes, y a él, como orador en nuestro parlamento, al defenderlas, y a él, como el alma de nuestros congresos pedagógicos, al explicarlas, se debe la existencia de nuestra instrucción primaria, laica y obligatoria.

Salvado el principio, precisaba desenvolverlo de manera sistemática y dar cima a todos los trabajos fundamentales que hacía necesarios su planteamiento.

El Estado tiene un imperioso mandato social para exigir la instrucción primaria y como una consecuencia natural de él, tiene el deber imprescindible de fijar de una manera definitiva los cimientos de la escuela para que eficazmente responda al objeto de su institución.

La instrucción laica y obligatoria, al crear la escuela elemental, ha menester señalar los sistemas de acuerdo con los cuales debe funcionar, trazar los métodos que habrán de seguirse para que sea fructífera, y marcar el procedimiento o sean las condiciones para que los métodos lleguen a tener su necesaria eficacia.

La escuela sin sistema, sin método y sin procedimiento, es un buque sin brújula, sin velas y sin timón, entregado a merced de las corrientes y de las olas.

Justo Sierra, en la memorable jornada de los congresos pedagógicos, cumplió aquella tarea que,

sabiamente preparada y de una manera lenta coordinada, dió por resultado la completa reconstrucción de nuestras escuelas primarias que son sin duda, lo mejor que hemos hecho en materia de instrucción y aquello de que con más justo título podemos enorgullecernos.

Nuestra escuela primaria, así establecida, es como madre cariñosa para nuestros hijos. Cuida de la salud de sus cuerpos y del equilibrio de sus espíritus; desarrolla las fuerzas de los unos y desenvuelve las facultades de los otros; pone en aquéllos la robustez para el trabajo y deja en éstos la materia para el ensueño, y a la vez convierte el estudio en regocijo, el deber en solaz y en juego la disciplina, y es en ella pasatiempo la aspereza de la clase como es holganza la rigidez de los métodos, y de esta suerte enseñando truécase en medicina para nuestros yerros y en socorro para nuestra ignorancia, y es a la par consejo para nuestra labor y regalo para nuestros afanes, y como nos impone el orden sobre nuestras tendencias y el gobierno para nuestras aspiraciones, acaba por levantarnos sobre un alto nivel moral cuando nos inculca el respeto para el maestro, la devoción para los héroes y el amor para la patria.

Esa fué la obra de Justo Sierra.

No puso en olvido, sin embargo, la instrucción superior; que, para que la ciencia fuera la sustan-

cia y médula de la enseñanza, quiso darle uniformidad y para ello levantó sobre todos nuestros institutos esa cúpula grandiosa y abrigadora que se llama la Universidad Nacional.

La Universidad Nacional constituye un organismo completo, que resume todas las energías de la vida científica de la República y que está llamada a realizar una labor de inmensa cultura nacional. Su acción está dirigida por las dos fuerzas preponderantes que él le dió: por la de los maestros que educan y dirigen, y por la de los alumnos que hacen conocer sus necesidades y exigen la satisfacción de ellas.

La Universidad abre sus puertas, cuando la familia ha educado y la escuela ha instruído, para elaborar con los frutos recogidos en ellas el cimiento poderoso de los que están llamados a constituir las clases directoras de nuestro mundo social, de nuestro mundo político y por ende de la Patria del futuro.

El autor de la Universidad pudo decirlo: «ella tendrá la potencia suficiente para coordinar las líneas directrices del carácter nacional y delante de la naciente conciencia del pueblo mexicano, mantener siempre alto para que pueda proyectar sus rayos en todas las tinieblas, el faro del ideal, de un ideal de salud, de verdad, de bondad y de belleza. Esa es la antorcha de vida de que habla

el poeta latino, que se transmiten en su carrera las generaciones.»

Si toda esta obra ejecutada por él es grande, le da mayor importancia la forma y manera en que la realizó. Él está todo entero en ella con sus defectos y sus virtudes, con su talento enorme, con su bondad suma, con su ternura inmensa y con su dulzura inefable. Su obra como educador por eso fué toda hecha de amor, que si puso el alma en el cumplimiento de sus ideales, dejó también el corazón en su labor cotidiana y hubo de consagrar su vida entera al desempeño de su magisterio.

Y no podía ser de otro modo.

No se puede ser el mentor de toda una generación sin amor; porque sin amor toda labor educativa resulta estéril; que el amor es el talismán poderoso y la atracción invencible y el mágico resorte de la voluntad y el gran elemento de cohesión; y él supo amar y no supo hacer otra cosa sino amar.

Amó a los niños y al ver revolotear en ellos ese enjambre de augurios y presagios que los llena, a ellos les repartió su alma como un pan eucarístico; amó a la juventud y al contemplar en ella ese rayo de ensueño y de infinito que arde en su espíritu, que vuela en pos de todos los ideales, se dejó cautivar por sus enigmas y la amamantó a

sus pechos; amó a los maestros y al reconocer en ellos a esos artífices de almas, que inundan de claridad todos los misterios e iluminan todos los abismos cubiertos de sombra, les infundió su espíritu; amó la labor suya y al comprender que constituía una fuerza poderosa para nuestro organismo social en formación, puso en su ejecución todas sus quimeras de poeta y todas sus intuiciones de pensador a fin de hacerla firme como una roca y perdurable como la eternidad; y amó a la patria, porque antes que nada fué un patriota, y al mirar que ella era como el arca santa donde guardamos todas nuestras conquistas y todos nuestros amores, le mandó con su palabra la paloma mensajera que le anunciara los nuevos horizontes donde había de brillar el nuevo día. Y al calor de todos esos amores sintió que como en un crisol se fundía todo el oro puro de su alma y que libre de todas las escorias de la vida volaba para identificarse y palpar ¡hermosa metempsicosis! en el alma de los niños, en el corazón de la juventud, en el espíritu de los maestros y en el seno de la patria.

Los hombres que consagran toda su existencia al desempeño de un gran apostolado hecho de verdad y de amor, los que resumen su vida en el cumplimiento de una misión altísima, la de iluminar porque son astros: los que en el cultivo de la divina poesía, a la cual se dan por entero, pren-

den una chispa de ideal en las conciencias sin la que resulta inexplicable este eterno afán de perdurar que a todos nos atenace, sienten que el horizonte de su vida física se limita y se estrecha, pero que al mismo tiempo el de la vida intelectual se ensancha desmesuradamente; porque entonces ya no es la familia, círculo reducido, la que lo constituye, sino los creyentes, los sectarios, los admiradores, los apóstoles, todos aquellos entre quienes su luz se difunde, todos aquellos entre quienes su amor se reparte, todos aquellos que se creen beneficiados por su gracia y todos los que a la postre resultan contaminados de su fe, deslumbrados por su aureola y enamorados de su ideal.

Por eso no es la familia la que llora a Justo Sierra y la que con mano pródiga cubre de ofrendas su tumba; porque las lágrimas brotan de todos los ojos y las ofrendas caen de todas las manos de todos aquellos que formaron su gran familia intelectual, la que si no fué creada por él fué sin embargo la obra de sus triunfos como poeta, de sus éxitos como orador, de su gloria como historiador y de su fama como maestro.

Su gran familia se descubre hoy respetuosa ante él, al verlo pasar: Allí va: enorme, como un gran tronco de árbol a quien le fuese dado caminar lentamente, la cabeza pensadora echada hacia atrás como una cima augusta frente al sol, los

ojos, de un brillo vivísimo, hechos para sondar los abismos de las almas, el gesto implacablemente burlón, la sonrisa dulcísima como el reflejo o la irradiación de un alma buena y, como dijo Victor Hugo de Mirabeau, con un movimiento colosal de hombros como el del elefante que lleva a la guerra su torre armada sobre las espaldas: la de su pensamiento.



## ÍNDICE.

	PÁGS.
Discurso pronunciado en memoria del Señor Licenciado Don Félix Romero, en la velada que en su honor celebró la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, el día 3 de octubre de 1912....	5
Discurso pronunciado en memoria del Señor Licenciado Don Justo Sierra, en la sesión solemne que en su honor celebró la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, el día 7 de noviembre de 1912, en el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria.....	21



*Se imprimió en la ciudad de México,  
en la Imprenta I. Escalante, S. A.,  
el día 8 del mes de febrero  
del año de 1913.*

F1405  
C3  
v.2

CAP.

31497

AUTOR

CASASUS, Joaquín Demetrio  
TITULO

f-382



CAPILLA ALFONSINA  
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta  
antes de la última fecha abajo indi-  
cada.


F1405  
C3  
v. 2

CAP.

31497

AUTOR

CASASUS, Joaquín Demetrio  
TITULO

f-382

